



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12180

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

LUNES 21 DE ABRIL DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico 4 en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimir 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA UNION Y EL FENIX ESPAÑOL

COMPANIA DE SEGUROS REUNIDOS

AGENCIAS en TODAS las PROVINCIAS de ESPAÑA, FRANCIA y PORTUGAL

37 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA—SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA, Caballos 15.



Filantropía y Caridad

III

La filantropía es la moneda falsa de la caridad. Es el antifaz con que se cubre ésta.

Y ahora por cuenta mía, sin que ya el padre Melchor lo diga, creo que la filantropía es la máscara del egoísmo.

Todos los actos que se llaman filantropía, que son como la limosna del fariseo que se publicaba a son de trompeta, son egoístas. Los que en plazas y plazuelas pregonan que se constituyen en sociedades benéficas que van á distribuir una panacea universal para bien de la humanidad; todos aquellos que dicen á la sociedad que el mal no pueda entrar en el plan providencial, que el sufrimiento no ha sido decretado por Dios y que sólo viene de la naturaleza humana y de las instituciones que el hombre se ha dado, y añaden que ellos abandonando sus comodidades, sus inclinaciones, sus placeres van á constituirse en salvadores de la humanidad para hacer la felicidad universal; son filántropos que quieren aparecer como los redentores del proletariado, porque le temen y creen que constituyéndose para levantar hospitales, hospicios, casas de socorro, de benefi-

cia, repartiendo en limosnas algo de lo mucho que les sobra, serán considerados como los redentores de la humanidad.

No quiero usar la palabra única que se puede aplicar á esos actos que yo califico de temor.

A la sociedad que sufre; á la sociedad que trabaja; á la que tiene que entablar eterna lucha por la existencia, á la que cada sentimiento le cuesta un esfuerzo, hay que decirle, arrojando las consecuencias, el mal existe, es necesario, y lo que hay que buscar no es que desaparezca, es hacerlo pasajero, sufrible, y yo que sufro, yo que lloro, yo que tengo penas y necesidades me pongo á vuestro lado á trabajar para disminuirlo para atajar su desarrollo.

El uno es el filántropo que engaña con falso amor á la humanidad, y que convierte la filantropía en caridad; el otro es el mártir que lleva el consuelo á los que quiere redimir, no llevándoles a la creencia de que el mal no ha entrado en los designios de la providencia, sino que el mal existe para que pueda haber punto de comparación, y de un punto conocido vayamos á buscar las causas de lo que no conocemos.

Esos filántropos de la sociedad, no se les ha ocurrido pensar, que sólo por espejismo pueden fanatizar á la sociedad, porque prego-

nando por doquiera que su objetivo es aliviar el dolor y el sufrimiento, no se les ocurre que no pueden suprimir el dolor, la vejez y la muerte, y las tres cosas son un mal.

El filántropo inventa la kermes, la función, el baile, con el fin benéfico, donde hace ostentación de sus galas, de sus preseas, de su riqueza, puesto que según su teoría económica, esas galas, esas preseas, son producto de las artes y sin el estímulo de la concurrencia y la ganancia, no existirían, y sólo prodigando sus riquezas en esas fiestas prosperan las artes y la industria, hay trabajo, y á la vez que se le lleva una limosna á un pobre, se procura que la industria prospere y el jornalero, el obrero, el trabajador, tenga jornal y asegure su subsistencia.

Pues bien, la caridad dice: no hagas ostentación de tu riqueza; reúne á tus obreros, á tus servidores, y crea una escuela, educales, busca un maestro que abra sus inteligencias á las luces de la ciencia, allí en tu hogar, en tu fábrica, en tu taller, haz que ese trabajo sea inteligente, que pueda el obrero comprender cual es su aptitud y dirija á ella su actividad buscando la satisfacción de sus necesidades en la libertad del trabajo, primera condición que éste ha de tener.

Por eso decíamos al principio de estos mal perjeñados artículos, que la confusión que nace de palabras sinonimas de que es tan rica nuestra lengua, hace que no nos entendamos.

En el acto del que crea una escuela vemos muchos la caridad, otros la filantropía, y es que caridad y filantropía se confunden, sin ver que aunque armónicas estas

voces, tienen su antagonismo. El que con su capital creó la escuela, el taller, fué un filántropo que amó á la humanidad, pero el que se priva de infinidad de goces durante largas horas para infiltrar sus conocimientos en los cerebros de los que todo lo ignoran, qué son filántropos caritativos? La filantropía hizo de una sola vez un sacrificio, dando su capital, el maestro, despierta la razón y la inteligencia adormecida del discípulo, y le levanta del estado de ser irracional á la altura del ser privilegiado de la creación, puesto que le pone en relación con Dios, principio immanente de donde proviene toda justicia y todo bien.

Esos filántropos que se dirigen á los obreros ofreciéndoles mejorar por completo sus condiciones con la disminución de horas de trabajo, con el aumento de jornal, ¿creen que obran por caridad? Tal vez crean por egoísmo, puesto que bien pueden ser á su vez obreros que pidan para sí mismos lo que quieren para los demás, porque no se atreven á hacerlo por sí propios.

Pero si existiera un patrono, que sin disminuir las horas de trabajo y sin aumentar el jornal, creara dentro del taller una escuela, donde se educara el hijo del trabajador, y el trabajador mismo; donde no se permitiera que el niño hasta avanzada su pubertad se dedicara al trabajo; donde entonces se le permitiera el aprendizaje alternándolo con la instrucción; donde el patrono hiciera que las condiciones higiénicas del taller llenaran las necesarias para la vida física, ocupándose del espacio, de la luz y del aire á fin de que jamás éste se tuviera viciado; donde no permitiera el exceso de trabajo en la

mujer ese ser delicado, y que su principal misión en el mundo es la reproducción de la especie; donde á la mujer en cinta se le prohibiera todo trabajo durante el período de gestación, y se procurase que los alimentos que al trabajador llegasen fuesen sanos y baratos, poniendo su capital en funciones de adquirirlos de primera mano, y en una palabra, en que el patrono sin llegar al falansterio de Fourier, fuera un padre para sus trabajadores, ¿no sería esta la verdadera caridad?

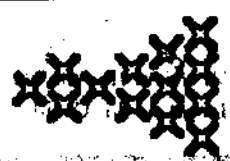
Pues bien, todo lo que no sea hacer eso, no es caridad, y cuanto se diga ó quiera hacerse sin descender del olimpo y llegar á ese punto, es lo que seguiré llamando filantropía y moneda falsa de la caridad.

Dos palabras para concluir.

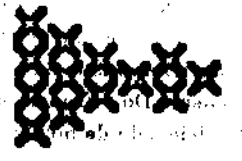
El articulista de «El Porvenir» que tan brillantemente me refuta, pregunta: ¿fue Jesús un gran filántropo ó sólo un Dios caritativo? Para mí sólo fue el Dios de la caridad; dió su vida por salvar á los de sus semejantes, y para predicar desde la Cruz la caridad más sublime, el perdón de las ofensas; su vida la pasó entre los pobres y enseñando actos sublimes de caridad, no de filantropía, y la prueba de que no quieren llamar filantropía los que siguen, ó dicen que siguen su doctrina, que á sus obras que el mundo juzga filantropías, ellos las llaman de caridad efectuada por el Amor de Dios.

¿Fue una obra de filantropía ó de caridad la del héroe de Cascorro?

También dió su vida por salvar las de sus compañeros, tomando ejemplo de aquel que la dió sobre la cruz por sus semejantes, por todos los que eran hijos de Dios, por



Probad el Licorero de HENRI GARNIER y C.



243 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

le hicieron observar que si ellos me mataban á mí, tú le matarías á él. Les amenazó además con contar todo cuanto habían; y los malos tratos que daban, y los templarios atemorizados, me pusieron en un local menos infame. He oído decir que el rey había obtenido un canje de prisioneros, así es que tú, no habrás de pagar nada por mi rescate.

—¿Y nuestra palabra de caballero? Arnoldo podría llamarnos foliones.

Matzko, al oír aquellas palabras, se entristeció é inclinando la cabeza dijo:

—Por lo menos, podemos disminuir el rescate.

Después, tras una breve pausa, añadió:

—Veo que sabes defender tu honor.

—No es dinero lo que nos falta, sino felicidad.

—Dios nos ayudará; yo he de vivir muy poco tiempo.

—No os apenéis; la libertad y el aire puro de Bogdanez, os devolverán la salud.

—¡Ay! ni la libertad ni el viento, pueden nada en mi favor. El aire, dobla los arbolillos, pero destroza los viejos troncos.

—Desechad la tristeza.

—Tengo razón de estar triste.

—¿Por qué?

—¿Te acuerdas, cuánto me irritó aquel día que

siababas la potencia de la Orden? Pues bien, ahora

242

LOS CRUZADOS

—Murió entre mis brazos junto á Spichov,—contestó Zbishko.

—Y Jurand, ¿vive?

—Lo he dejado vivo, pero...

—Mejor hicieras quedándote allí.

—¿Y dejaros á vos aquí?

—Semana más ó menos...

—Tenéis pálido el rostro.

—Es á causa de la humedad de los subterráneos. La herida se me ha vuelto á abrir; ¿te acuerdas de aquella grasa de castor?

—Sí,—contestó Zbishko sonrojándose, y luego, preguntó:

—¿Os pusieron en un subterráneo?

—Los templarios están coléricos contra Vitoldo y contra Somud, pero más aún contra los que tratan de auxiliar á los defensores de esta ciudad. Si no me han dortado la cabeza, le debo sin duda á su codicia, que anhelaba un rico rescate; y á que era yo una prueba viviente de la maldad del rey polaco que envía auxilio á los paganos. Nosotros que estuvimos en Somud sabemos que sus habitantes desean el bautismo y los templarios ángeles ignorarlo para seguir sus depredaciones. Intercedió por mí De-Baden pero le hicieron poco caso, y á no ser por De-Lorsch que es muy temido y respetado, de fijo que me jugara una mala partida. Este, les dije que era prisionero tuyo y

259 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

eran defensores del paganismo, y aquellas calumnias se difundían por doquier y hacían que fuesen á Malborg, príncipes y condes y caballeros de las lejanas tierras del medio día y del occidente.

Marienburg, dominaba desde su altura todo el país, y se mostraba orgullosa, rica y potente, pero los cruzados, no comprendían que de la ingente roca huyó el espíritu y solo quedaban las murallas, centinela avanzado de la infancia y de la codicia; pero aquella roca, era aun muy fuerte, y así lo comprendían Tacev y Zbishko y Zindarm de Mashkovitz los cuales recordaban las palabras que los cruzados dijeron una vez al rey Casimiro: nuestra fuerza es mayor que la tuya, y si no oedes, te perseguiremos espada en mano, hasta Craevia.

El conde mostró á sus huéspedes la estancia destinada á ellos.